

*Emanuele Greco**

Etnografía y arqueología. La colonización griega en Italia Meridional¹

Es raro encontrar en el Mediterráneo de la edad Clásica una región como Italia Meridional que, más que Magna Grecia y Sicilia, haya atraído la atención de los estudiosos del mundo antiguo, especialmente cuando el interés de los especialistas ha comenzado a enfocarse más en la historia social.

Por lo demás, es comprensible la razón de tanto interés: Italia Meridional representa un campo de estudio privilegiado para observar una serie muy numerosa de fenómenos que podemos hacer girar en torno al concepto piloto de encuentro entre las comunidades indígenas y los colonizadores venidos de Grecia, con toda la variedad de situaciones culturales y sociales, y la diversidad espacial y temporal que de ello derivó.

Para comprender el alcance de los problemas que voy a tocar, tal vez valga la pena comenzar con una reflexión anticipada por Máximo Pallotino hace ya treinta años.

El largo recorrido de los estudios clásicos, especialmente durante el siglo XIX, en lo que corresponde a la historia antigua de Italia, ha llevado a una radicalización que podemos señalar en las dos grandes polis de la historia griega mediante una serie de fases que intentaré resumir a continuación.

Hemos conocido primero un acercamiento que definiría como “inmediato”, por la tendencia a evaluar el documento arqueológico inmediatamente sin problematizarlo y, sobre todo, con escasa atención al contexto.

En este marco era significativo (aunque puede decirse que en la práctica todavía está ampliamente difundido) el uso de la expresión “penetración griega”, entendida como instrumento unívoco de interpretación; en la práctica,

* Soprintendenza de Paestum, Italia.

¹ Presentado en el Simposio “Desarrollo y perspectivas de la arqueología europea”

toda la historia del fenómeno colonial en Magna Grecia se veía sólo como un proceso gradual de avance y adquisición del espacio por parte de los conquistadores griegos que, ya con las armas, ya con el comercio, después de haber ocupado toda la costa “penetraron” en las regiones interiores, siguiendo las cómodas vías trazadas por el curso de los ríos.

Examinemos el caso más significativo que tenemos a este respecto, el sitio de Serra de Vaglio, aproximadamente a 100 km del interior respecto a la costa del Golfo de Tarento, en el mar Jónico. Poco después de su descubrimiento, en los años cincuenta, se suponía que había sido una fortificación griega, un castillo militar construido por los griegos de Metaponte en el marco de su penetración al interior de la zona; naturalmente, favorecían este punto de vista los bellos tableros de terracota con representaciones de guerreros a caballo, seguidos por un sirviente, que podemos fechar hacia 580 a. C.

Ahora bien, además de la incongruencia de esta interpretación, debido al hecho de que un puesto militar a 100 km de distancia de la ciudad se encuentra en evidente contradicción con el carácter de la polis arcaica, cuyas dimensiones eran más reducidas, hoy, gracias también a las excavaciones recientes tanto de la población como de las necrópolis, tenemos una de las documentaciones más completas sobre la arqueología del poblado indígena más importante de toda la Italia Meridional; allí podemos observar tanto las ricas residencias principescas, cuyos techos estaban decorados a la manera de los templos griegos, y no por casualidad, pues el príncipe muestra en las manos todos los poderes, como las suntuosas sepulturas con armas, joyas y arneses de caballo. Pero, para volver a la reflexión sobre la historia de los diversos acercamientos con este tipo de problemas, el observador moderno, utilizando como guía fósil las manufacturas griegas, sobre todo la cerámica, se sentía en condición de evaluar no sólo el alcance del proceso “penetrativo” sino también los diferentes grados de desarrollo de las comunidades indígenas que estaban más o

menos avanzadas civilmente, según la cantidad y la calidad de los productos griegos que se recuperaban de sus tumbas o de sus aldeas.

Desde hace casi veinte años, con el impulso de las investigaciones dominantes en el estudio de la antropología social, asistimos, en cambio, al desarrollo del acercamiento que se definía comúnmente como “aculturación”, pero pronto fue claro también que, usado de manera mecánica, éste terminaba siendo nada más un enmascaramiento del anterior. En el estudio de la relación entre las comunidades indígenas itálicas y las colonias griegas, se llegaba a determinar el encuentro entre sociedades “fuertes”, estructuradas (las griegas) y sociedades débiles (las autóctonas), para las cuales el fenómeno aculturativo no podía más que atañer al estudio de las diversas fases con las que se completaba el inevitable proceso de helenización de la península, dejando fuera, entre otras cosas, a todas las culturas que llegaban a encontrarse en la periferia de aquella zona central en donde ocurría el encuentro entre los griegos y los indígenas.

A pesar de ello, la temporada de estudios ha producido un saludable paso hacia delante (pienso, por ejemplo, en la importancia de un célebre convenio entre la Ecole Française de Rome y la Escuela Normal de Pisa, en Cortona, respecto a las “Formas de contacto y procesos de transformación de las sociedades antiguas”, donde, no por casualidad, el término aculturación no se utiliza) y una serie muy importante de contribuciones, en especial las de M. Torrelli referente a la ideología religiosa, y las de B. Agostino, A. Pontrandolfo y A. Rouveret acerca de la ideología funeraria, sobre todo porque permite el tránsito a una fase de investigación más equilibrada, gracias a la cual podemos ahora evitar hablar siempre y sólo en términos de contraposición étnica, como si los dos mundos en confrontación fuesen dos bloques monolíticos; evitamos las generalizaciones observando la diversidad de los fenómenos en el espacio y en el tiempo, y estamos cada vez menos dispuestos a utilizar juicios de cualidad sobre la

gran variedad de experiencias civiles que han y deben tener, todas, el mismo valor para quien hace la historia de un territorio.

En este punto, el objetivo de mi comunicación se desplaza hacia las investigaciones en curso, que centran el discurso relacionado con las diferentes formaciones étnicas en el ámbito territorial que nos ocupa, sobre todo, a la luz de la contribución de los conocimientos arqueológicos.

Como punto de partida respecto al problema de la etnografía itálica, hace falta considerar el hecho de que debemos tomar en cuenta, antes que nada, la tradición literaria, evitando un acercamiento de tipo inmediato en el caso de contar con este tipo de evidencias, todo el *corpus* de las fuentes literarias, por una razón bastante simple: no contamos con ningún texto escrito anterior al siglo V a. C.; y, más aún, si se hace la excepción de Heródoto y Tucídides como autores de este periodo, además no tenemos más que unas cuantas citas de escritores de la edad helenística y romana. Si se considera que la colonización griega en Italia comienza hacia la mitad del siglo VIII y se desarrolla durante el siglo VII y el VI a. C., debemos antes que nada tener presente el problema de la transmisión de las informaciones, el contexto histórico e ideológico o, como se dice, la perspectiva en la cual la información fue redactada por el autor que nos la ha transmitido. Por ejemplo, un escritor famoso, Antíoco de Siracusa, que escribió una historia de Sicilia y una historia de Italia y que fue probablemente la fuente de Tucídides y tal vez de Heródoto para el conocimiento de la historia más antigua del occidente griego, podría tender a proyectar en el pasado las situaciones de su tiempo y, a la vez, también a hacer prevalecer su punto de vista de ciudadano de Siracusa: en suma el problema, no nuevo, implica ponerse en guardia contra el riesgo de "objetividad" de la documentación literaria.

Problema análogo se presenta con otro autor, Hecateo de Mileto, que vivió en la segunda mitad del siglo VI a. C., seguramente el más an-

tiguo etnógrafo de Italia conocido de nosotros, y, también él, llegado a nosotros en unos pocos misérrimos fragmentos. Él fue testigo, tal vez de manera no directa pero inmediata, de los viajes que sus conciudadanos de Asia realizaban por Occidente, y de las relaciones privilegiadas que mantenían con una ciudad en particular: Síbaris.

Aquí se olvida un detalle, por cierto nada insignificante: de los pueblos itálicos, no tenemos documentación literaria producida por ellos mismos, una visión directa del interior de su organización política y social, sino solo el punto de vista que, en todo caso, comprende el nombre mismo del pueblo, del observador externo, primero el griego, y después el romano-latino.

Una cuantiosa parte de nuestras fuentes literarias se ubica, entonces, entre los siglos II y I a. C., pienso en especial en Polibio y Estrabón; éstos, a su vez, son en buena parte dependientes del inmenso trabajo de un historiador excelso, Timeo de Tauromenión (Taormina) que vivió entre los siglos IV y III a. C. y cuya obra, integralmente perdida, nos es advertida sólo en algunas citas de los autores posteriores que lo han utilizado.

De hecho, podemos decir que tenemos informaciones casi directas acerca de varios asentamientos territoriales del sur de Italia en los siglos IV y III a. C., cuando también las fuentes analíticas romanas comienzan a interesarse en la parte meridional de la península y, al mismo tiempo, de parte de aquellos autores (como Timeo y toda la tradición que de él derivó), "proyecciones" referentes a la historia más antigua, respecto a las cuales debemos ejercitar un cierto espíritu crítico y utilizar una marcada cautela. Y esto vale, sobre todo, cuando vamos a relacionar las fuentes escritas con la documentación arqueológica.

Si observamos de cerca los testimonios escritos respecto a los antiguos pueblos de Italia, debemos constatar que, en general, su surgimiento como entidades étnicas aparece rela-

cionado con héroes epónimos y migraciones habitualmente fechadas con el cálculo de las generaciones respecto a un cómodo punto de referencia (pero, ¿qué tan convencional?), como la toma de Troya.

Por ejemplo, el origen de los enotrios y de los peucetas, dos etnias importantes de la antigua Italia, se explicaba con la migración a este país, de la Arcadia, de Enotrio y Peuceto, hijos de Licaón, 17 generaciones antes de la caída de Troya.

En este caso, el observador moderno debe preguntarse en qué contexto intelectual y dentro de cuál tradición un autor de la edad romana podía hacer afirmaciones similares tratándose de sucesos acontecidos alrededor de 1700 años antes, termina con identificar la representación con la realidad y, aplicando el cálculo de las generaciones anteriores a Troya, data el suceso en el 1600 a. C. aproximadamente, es decir, la Media Edad de Bronce, época marcada *en efecto* por grandes transformaciones en el orden de las comunidades de la Italia antigua. Y el mismo mecanismo lo vemos operando en el estudio de la relación entre la documentación literaria y arqueológica por lo que corresponde al problema de las migraciones del continente italiano a Sicilia.

Ahora resulta muy fácil criticar ese modo de proceder, justamente definido y combinatorio de la crítica moderna más perspicaz, pero, al mismo tiempo, debemos afinar nuestra exégesis arqueológica, aunque no menos subjetiva que la primera, ya sea para evitar el riesgo de compilar catálogos sólo descriptivos de los aspectos materiales (aquellos con los cuales se miden los arqueólogos) o, por el otro, no menos grave, de identificar las *etnias* mediante indicadores culturales.

Yo diría que el estado actual de nuestros estudios, y también el espacio que tengo disponible, no me permiten prolongarme mucho sobre los problemas de etnografía itálica y mucho menos en lo que se refiere a la definición de las

diversas áreas de las partes más internas de la península. En cambio, analizaré el problema de manera breve, limitándome a una fase histórica precisa: el momento de los orígenes de la colonización griega y, desde el punto de vista espacial, al área costera y aquella que gravita inmediatamente en la costa, donde el mayor conjunto de estudios y una larga tradición de investigaciones y debates nos permite trazar un bosquejo un poco mejor articulado.

La fundación de colonias habitacionales por parte de los griegos no se dio antes de la mitad del siglo VIII a. C. (Isquia, Cuma, Naxos, etcétera); incluso aquí la arqueología nos permite ahora afirmar, con seguridad, que las relaciones entre el mundo egeo e Italia habían comenzado al menos cincuenta años antes, porque en algunos contextos italianos del fin del siglo IX y de los inicios del VIII a. C., se han descubierto manufacturas provenientes de Grecia. Aunque habituales, no pueden ser absolutamente definidas como obras de *prospectors*² (exploradores) que preparan el movimiento colonial, migratorio, como si este último fuese una empresa unitaria, coordinada y programada. Hoy, gracias a las puntuales investigaciones de A. Mele, podemos enmarcar el fenómeno dentro de las actividades privadas (*idia*) del comercio adquisitivo griego de marca aristocrática.

En todo caso, respecto al significado de estos contactos con las poblaciones itálicas, a la luz de nuestra documentación debemos realizar una distinción: si en la costa jónica no parece que ellos hayan tenido una incidencia profunda en los asentamientos de las comunidades indígenas, un discurso bien distinto podemos hacer para el área tirrénica, donde la frecuencia parece más intensa y los interlocutores, desde los etruscos hasta los pueblos de la Campania, están implicados de manera diversa en el proceso de los contactos con los comerciantes griegos. Desde el punto de vista arqueológico se ha observado, en este sentido, un marcado incremento demográfico y un notable aumento de

²En inglés en el original [N. del T.]

los objetos de las tumbas, pero, sobre todo, en el curso del periodo sucesivo, una gran aceleración en la definición de las élites y de su identificación a través del ascenso de prácticas ideológicas, bien perceptibles, en el aspecto funerario, que acumulan, como bien ha visto Agostino, las aristocracias tirrénicas, independientemente del *ethnos* de pertenencia (etruscos, latinos, oscos). Son ejemplares, a este respecto, las tumbas de Pontecañano, en Campania, excavadas y publicadas por Agostino, con sus espectaculares ajuares dentro de las sepulturas de túmulo y los rituales heroicos propios de la tradición homérica.

Obviamente es bien distinto el marco que se viene a delinear, cuando las colonias griegas se asientan en Italia, fundando ciudades, comunidades políticas autónomas con todos los procesos relativos de estructuración territorial, típicos de una ciudad griega de la alta edad arcaica.

Los datos que se obtuvieron nos permiten afirmar que, después de una fase cultural relativamente homogénea, durante el tránsito del término de la Edad de Bronce a la Edad de Hierro, Italia Meridional había conocido importantes fenómenos de “diferenciación” cultural que parecen preludear a las articulaciones étnicas que conoceremos en seguida. Los indicadores utilizados son: la cerámica, la artesanía metálica (en especial las fíbulas)³ y los rituales funerarios; éstos no ocupan áreas homogéneas entre ellas ni se difunden sobre mapas de distribución que podemos sobreponer mecánicamente.

Por ejemplo, si tomamos en cuenta el ritual funerario, mientras las tumbas de túmulo señalan en todas partes la sepultura de las élites indígenas, la colocación del cadáver es, *grosso modo*, flexionada en la parte este de la península, y supino-extendida en la parte este.

Por lo que toca a la artesanía metálica, además, se considera la alta especialización, la cual es fruto de las áreas de circulación más amplias y,

probablemente, también la movilidad de los artesanos. Acercándonos a las investigaciones más recientes y aun en curso, a Renato Peroni y a su escuela se le debe, además, la tentativa más importante de integrar los elementos citados arriba en un minucioso trabajo de *survey*⁴ (reconocimiento) y de excavación de algunos de los aposentos protohistóricos, en la zona que después sería el territorio de Síbaris. Gracias a estas investigaciones, poseemos datos cuantitativos acerca de la extensión de los poblados, referente a la estratigrafía de algunos de ellos, y sobre la organización social de estos pequeños “dominios”, poco distantes el uno del otro, muy fragmentados y divididos; sobre ellos, un número no elevado de colonias, pero con una organización social y militar más evolucionada que logró imponerse.

Ahora, si observamos los “comportamientos” de estas comunidades indígenas en el momento en que los griegos desembarcan en las costas italianas, fundan ciudades y estructuran los territorios implantándoles santuarios y encaminándolos a la explotación sistemática, gracias a la documentación arqueológica recabamos estas líneas de tendencia:

1) Abandono casi generalizado de todos los asentamientos preexistentes que recaen dentro del *territorio* de la ciudad griega; cualquier caso raro de supervivencia ha sido interpretado como mantenimiento en vida del villorrio indígena en condición servil. Cuando consideramos la situación que se crea en el momento de la fundación de colonias por parte de los griegos, nos encontramos de frente con el *leit motiv* de la historia de Italia Meridional en la edad arcaica, en cuanto nos enfrenta a una serie de interrogantes respecto a los diversos tipos de estructuraciones coloniales que varían de una ciudad a la otra, y las relaciones que se vienen a crear con las comunidades preexistentes.

La arqueología nos pone frente a una cierta variedad de modelos, ofreciéndonos alguna guía

³ Hebillas [N. del T.]

⁴ En inglés en el original [N. del T.]

fósil para estudio: antes que nada, los santuarios, que son el instrumento más difundido con el que numerosas comunidades coloniales, especialmente las aqueas (Síbaris, Crotona, Metaponte, Posidonia) toman el territorio bajo control, garantizándose el derecho a la explotación; al mismo tiempo, a excepción de Tarento, que mantiene por mucho tiempo una organización fundada sobre villorrios agrarios que giran alrededor de la ciudad y su puerto, la mayoría de las otras *polis* nace como aglomerado al menos grande, donde se concentra la mayor parte de la población.

2) El proceso de coagulación étnica de las poblaciones indígenas, que indudablemente había iniciado en una época mucho más antigua que la de los orígenes de la colonización griega, conoce sin duda una aceleración y se vuelve perceptible también gracias al observatorio griego, el literario, como para permitirnos tener una idea, aunque vaga, de aquel fenómeno de larga duración que traería, al término, la emergencia de nuevas poblaciones (advertidas a partir del siglo V a. C. con el nombre de lucanas) que caracterizan la historia política y militar de la región hasta la conquista romana. En todo caso, la tradición que se refiere a los inicios de la colonización nos muestra una percepción “diferenciada” del poblamiento itálico en el área donde los griegos fundaban ciudades: por ejemplo, los enotrios, en el área donde más tarde encontraremos a los lucanos y a los brucios (hoy día, las regiones de Basilicata y Calabria); y los *japygi* (en la actual región de Puglia donde están asentadas *etnias* bien estructuradas y culturalmente caracterizadas por largos contactos e intercambios con las costas de Iliria, es decir, Albania y la exYugoslavia).

Me parece interesante, en este punto, reiterar cómo la tradición literaria, en los pocos casos llegados a nosotros, cuando hace referencia a estos “distritos” define las unidades a través del nombre de la localidad retenida, el *basileion*, es decir, la residencia del *basileus*, del jefe; es interesante porque mediante la documentación arqueológica podemos estudiar las muta-

ciones de la ideología funeraria que se registran, en especial las sepulturas de los jefes, a partir del momento en que la colonización griega introduce nuevas prácticas, costumbres y hábitos; es importante señalar que es en vano buscar indicios de todo esto en las sepulturas griegas: son las aristocracias indígenas las que dejan entrever mejor, asumiendo y adaptando a su sistema social los principios del modo de vida griego.

Para concluir esta reseña, que tiene como objetivo ilustrar las principales problemáticas que atañen a la etnografía de Italia Meridional, con la breve exposición de algunos ejemplos aludo a dos tipos de documentos que considero de gran interés para completar nuestra panorámica: el primero se refiere a una serie de señales que son elocuentes indicios de la estructuración de un *ethnos* itálico; lo segundo, que presentaré a manera de ejemplo sin pretensión de totalidad, son una serie de imágenes producidas por artesanos indígenas arcaicos que pueden darnos alguna idea de la respuesta local a los estímulos provenientes del mundo griego.

Un descubrimiento epigráfico de hace algunos años y una serie de documentos numismáticos, encontrados hace tiempo, gracias a investigaciones recientes, nos permiten recuperar otros importantes elementos en el estudio del proceso de formación de un *ethnos* itálico.

En las excavaciones del estadio de Olimpia, en 1960, fue encontrada una laminilla de bronce con inscripción griega; en ella se lee el texto de un tratado entre los sibaritas y sus aliados con un pueblo por aquel momento desconocido, los serdaiones.

Estamos en la segunda mitad del siglo VI a. C. y, pues bien, un documento diplomático muestra como un *ethnos* itálico trataba por igual (el objeto del tratado es la amistad eterna) a la más poderosa ciudad griega del tiempo, Síbaris.

No sólo esto; el mismo pueblo de los serdaiones, entre el fin del siglo VI y los inicios del siglo

v a. C., acuñó una serie de monedas que además de la leyenda SER/SERD, que nos permite atribuírselas, presenta sobre el anverso la figura de Dionisio con el vaso para el vino (*kantharos*) y, en el reverso, un racimo de uvas. Si tomamos en cuenta el hecho de que las fuentes literarias griegas llaman enotrios, en general, a la gente de esta región, nombre que tiene una relación inequívoca con el vino (*oinos*), nos sorprende el hecho de que se hagan identificar, a través del símbolo monetario, con la divinidad del vino y el fruto del cual se obtiene; vale decir, con la caracterización que los griegos habían elegido para ellos; no es casualidad que el coro de la *Antígona* de Sófocles salude a Dionisio como patrón de esta región. A estos documentos podemos agregar también el hecho de que el área en donde este pueblo estaba asentado, aunque se trata sólo de una hipótesis, es tal vez la misma de donde proviene una de las más antiguas inscripciones itálicas, aquella en la que se hace referencia a una comunidad, en lengua itálica *touta*, y por lo tanto a la autoconciencia de aquella comunidad.

Cuando examinamos el rarísimo caso testimoniado por la cabeza en piedra encontrada dentro de la tumba de un indígena de Palinuro en la costa tirrénica, no podemos juzgar, por la falta de cualquier referente, si estamos frente a un intento de restituir la individualidad del difunto (un antepasado del retrato, aunque la pieza fue encontrada dentro de la tumba, y era entonces funcional para el muerto y no para los vivos) o si la figura se refiere a algún demonio de ultratumba.

Desde otro punto de vista, la “respuesta” indígena, inclusive refiriéndose al modelo griego, no debe siempre ser vista sólo como una forma degradada del modelo, sino como intentos —aunque fueran realizadas con la fórmula de la citación— de dar vida a expresiones que introducen la figura animal o humana en formas “fugaces” de relato.

Es el caso de la copa ejecutada de forma que la decoración es imitación de un vaso griego de

Corinto, donde un animal, que es fantástico en el modelo y aquí se convierte en un lobo, mucho más familiar, asusta a una muchacha. Al pintor le importa más evidenciar el terror antes que el diseño anatómicamente coherente de la figura.

Mitos griegos o transposiciones de parte de ellos, funcionales a la lectura que el contexto indígena daba de las imágenes, aparecen además sobre vasos con decoraciones más complejas, pero aquí la exégesis no puede ser afrontada en los detalles, habiendo escogido para ofrecerles, como decía al principio, algún ejemplo en líneas generales.

En el espacio de una breve comunicación es siempre difícil pretender sintetizar y al mismo tiempo alcanzar la totalidad; además, para cada consideración debe tomarse en cuenta también el carácter discontinuo y ocasional de muchas investigaciones, y el hecho de que la arqueología indígena (pobre Cenicienta frente a la “rica” y “exultante” del mundo griego) desde hace poco tiempo comienza a ocupar un lugar de primer plano en el interés de los investigadores, a quienes toca la tarea de continuar su liberación definitiva de los lugares comunes y de los prejuicios del clasicismo para conferir a la experiencia civil de la historia itálica la consistencia que merece.

- a
- Bottini, A. y E. Setari
1995. *Basileis Antichi re in Basilicata*, Napoli, Electa.
- i
- Cerchiai, L.
1990. *Le Officine Etruscocorinzie di Pontecagnano*, Napoli.
- f
- Fiammenghi, C. A.
1985. *La Necropoli di Palinuro: Ricostruzione di una Comunità Indigena del VI sec. a. C.*
- a
- Greco, E.
1990. "Annali dell' Istituto Universitario Orientale di Napoli Archeologia e Storia Antica", en *Serdaioi*.
- r
- 1992. *Archeologia della Magna Grecia*, Roma-Bari, Laterza.
- g
- Lo Porto, F. G.
1973. "Civiltà Indigena e Penetrazione Greca nella Lucania Orientale", en *Monumenti dell' Accademia dei Lincei*, Roma, Accademia dei Lincei.
- o
- Mele, A.
1979. *II Comercio Greco Arcaico. Prexis de Emporie*, Napoli.
- i
- Nenci, G.
1983. *Forme di Contatto e Processi di Transformazione nelle Società Antiche*, Scuola Normale Superiore di Pisa ed, École Française de Roma.
- l
- Pallottino, M.
1976. "Sul Concetto di Storia Italica", en *Mélanges Heurgon II*, École Française de Roma, pp. 771-789.
- b
- Peroni, R.
1989. *Enotri, Ausoni, Itali de Altre Popolazioni dell'estremo Sud dell' Italia in Italia Omnium Terrarum Parens*, Milano.
- i
- Pugliese Caratelli, G. (ed.)
1983. *Megale Hellas*, Milano, Crédito Italiano.
- b
- 1985-1990. *Magna Grecia*, vol. LI-IV, Milano, Electa.